

LA DIALECTICA DEL COMUNISMO

El comunismo es la conciencia del proletariado. Esta clase privilegiada de hombres sabe que la situación actual de la humanidad no es más necesaria que otras situaciones ya superadas; que estamos en camino hacia la que ha de ser situación definitiva, en la cual el hombre alcanzará el pleno desarrollo de su perfección. Y, como lo único que se opone a esta perfección es la explotación del hombre por el hombre, la tarea fundamental consistirá en trabajar para que desaparezca la explotación. Tarea que se va realizando oscuramente en el proceso de la historia, según unas leyes inmutables y necesarias, por lo que quien sepa descubrir el proceso del pasado se encontrará en condiciones de conocer el porvenir.

Así, pues, no se trata de de una actitud demasiado contemplativa. Si se estudia el pasado es para conocer el porvenir y para poder influir en el desarrollo de ese proceso. El comunista cree firmemente que el bien ha de salir del mal: que el bien último de esa humanidad que se ha de lograr un día brotará del mayor mal, de la negación y de las ruinas de la humanidad actual. Esto ha de suceder necesariamente. Pero, mientras la mayoría de los hombres no logran darse cuenta y permanecen al margen de la historia, ellos—la aristocracia de la revolución, el proletariado—se dedicarán a acelerar esta marcha, sembrando de ruinas la tierra. Son los colaboradores conscientes de la Historia.

De acuerdo que es una misión ingrata ésta. Mejor sería que las cosas sucedieran pacíficamente. Pero no será así. La semilla tiene que negarse a sí misma para que se haga planta. Sólo a costa de negaciones surgirá la sociedad futura. ¡Es preciso, pues, aceptar valientemente los sacrificios de ahora, pensando en el proceso total que los justifica; pensando, sobre todo, en el término final de ese proceso.

Porque el camino que la humanidad va recorriendo hasta llegar a la tierra prometida no es algo continuo, en línea recta. Hay momentos negativos, obstáculos. El progreso es dialéctico, basado en la contradicción. Por eso, no deben considerarse esos momentos de una manera aislada, sino formando parte del proceso total. En ese proceso todo tiene explicación. El torrente humano lleva tal fuerza en sí para recorrer los caminos que constituyen su historia, que puede ser detenido un momento por algún obstáculo; pero irrumpirá después con mayor impetuosidad.

Lo mismo sucede cuando contemplamos el mundo en profundidad. En la materia hay también una fuerza que, a través de un proceso dialéctico y según unas leyes fijas y necesarias, tiende a producir formas superiores. No hay nada que escape a este proceso. La vida misma, el pensamiento, el espíritu, no son sino manifestaciones de la materia. Así la visión del mundo se unifica. Lo importante es seguir esa línea de evolución que va desde las manifestaciones más imperfectas de la materia hasta la cumbre de la perfección humana en el futuro proletariado, pasando por la humanidad presente. «Los filósofos hasta ahora—decía Marx—se han contentado con interpretar el mundo. Se trata ahora de transformarlo». Mejor dicho, de ayudar a transformarlo en favor del proletariado. Y para eso es preciso conocerlo.

Pero, ¿cuándo sabremos que nuestra visión del mundo se ajusta a la realidad? El único criterio de verdad que se admite en el comunismo es la coincidencia con los intereses del proletariado. Por consiguiente, todos los que estén manchados con el pecado de explotación deben de renunciar al verdadero conocimiento del mundo. Solamente el proletariado mismo está libre de ilusiones y de errores. Por eso, el comunismo no es más que la conciencia del proletariado.

Naturalmente que no se trata de ese conjunto de hombres, que no tienen más que sus hijos y sus cadenas—*proletarios*—, tan ciegos en lo que se refiere a las leyes de la Historia como cualquier burgués o capitalista. Se trata de una clase privilegiada, o de un grado de evolución en el conocimiento del mundo, únicamente accesible para los que estén libres del pecado de explotación. El comunismo, como filosofía—visión materialista del mundo—y como método de lucha—esfuerzo por acelerar el proceso de la Historia—, no apareció desde el principio. Representa un progreso en la evolución intelectual de la humanidad, a base de contradicciones—aquí también—y de errores. Sólo ahora es posible, pero no para todos los hombres.

Así, pues, se puede hablar de una verdadera aristocracia, de una clase privilegiada, que es precisamente la clase de los explotados y oprimidos. Ellos, que únicamente pueden «perder sus cadenas», pueden, en cambio, ganarlo todo. Por eso tienen los ojos limpios para ver la realidad. No tienen interés en detenerse en la actual situación humillante en que viven, y aspiran a algo mejor. Por el contrario, los favorecidos por la fortuna quisieran detener el proceso de la Historia, para permanecer eternamente en su situación de privilegio.

Desde el momento en que los obreros se dan cuenta de que trabajan en el mismo sentido que las fuerzas de la naturaleza y de la Historia, son comunistas. No necesitan más que hacer consciente el impulso de sus aspiraciones.

1.—LA DIALECTICA

Es en este punto donde suele señalarse el influjo de Hegel sobre Carlos Marx. Es verdad que la dialéctica de Hegel, según sus tres mo-

mentos (tesis-antítesis-síntesis), pasó al marxismo, pero, al sustituir el espíritu por la materia, resulta algo completamente nuevo. Por eso Marx dice que su método se opone al de Hegel. Como resulta también un nuevo materialismo, que nada tiene que ver con el materialismo clásico de Büchner, Vogt, Moleschott...

Los marxistas confiesan claramente esta ascendencia hegeliana, pero de Hegel sólo han tomado las líneas generales. «Aunque en las manos de Hegel la dialéctica sufra de misticismo, esto no impide que él haya expuesto por primera vez, de la manera más completa y con conocimiento, sus formas generales de movimiento», confiesa Marx en el prólogo de *El Capital*. Además es hegeliano el concepto marxista del mundo como un conjunto de procesos y movimientos. «El sistema de Hegel ha sido la última forma y la más acabada de la filosofía, en tanto se concebía a ésta como una ciencia aparte, dominadora de todas las demás. Con él, toda la filosofía ha naufragado. No ha quedado más que el método del pensamiento dialéctico y el concepto de todo el mundo natural, histórico e intelectual, como un mundo en movimiento perpetuo, en perpetuo cambio, sometido a un proceso constante de nacimiento y de destrucción» (1).

La dialéctica es el arte del diálogo, de la controversia. En un orden puramente lógico cabe hablar de proceso dialéctico. El entendimiento humano no llega a alcanzar la verdad total de la realidad en un solo acto; necesita afirmar, negar, formar seres de razón. Es así como a través de la oposición o comparación de nociones logra avanzar.

Lo difícil es comprender cómo la materia puede evolucionar según ese método dialéctico. Sin embargo, Marx descubría en todas partes la contradicción y la lucha de las cosas (2). El mismo era una contradicción viviente: «Convencido de que la vida debe corresponder con el pensamiento, fue un sujeto en quien el pensamiento y la vida estuvieron en desacuerdo y contradicción. Su filosofía estribó en el odio al burgués y, sin embargo, él mismo era un burgués. Su teoría económica pretende reivindicar al trabajador y, no obstante, desde el día en que puso pie en Inglaterra no ganó un céntimo, y hubo de ser mantenido a expensas de su burgués amigo Federico Engels» (3).

Por eso, no dudó en aplicar el método dialéctico a la realidad. Antes que él, Feuerbach había colocado la materia en el lugar del espíritu. Marx creía en el triunfo del proletariado. Acomodó una base filosófica para edificar su optimismo. Esta base no podía ser otra que el materialismo, pues ser materialista, según Engels, es creer que el mundo ha existido siempre y que no necesita creador. Pues bien, para Marx no hay más dios que el proletariado.

(1) F. ENGELS: *Anti-Dühring*. Cít. por A. Alexandrovich Zdanov: *Sobre la historia de la Filosofía*. Arbor, 10 (1948), p. 272.

(2) Acerca del carácter contradictorio de la realidad, cfr. IV Metaph., 1. IV.

(3) FULTON J. SHEEN: *Prólogo a "La Filosofía del Comunismo"*, de J. Mc FADDEN. Valladolid, 1949, p. XX.

Por consiguiente, el materialismo—entendido como concepción general del mundo—es una exigencia de su idea más original, la idea de un mesianismo proletario. El viejo pueblo de Israel resucitaba en esta clase elegida, libre del pecado original de explotación. Fueron muchos los que antes de Marx habían expresado sus pensamientos hablando de materialismo económico y de lucha de clases. Pero sólo Carlos Marx comprendió que el proletariado era el mesías, el libertador y el salvador de la humanidad (4).

Nada, pues, de compadecer al obrero. Por el contrario, es preciso adorarlo, sacrificarle todo, como en realidad la Historia toda se le sacrifica. Es cuestión de esperanza. Un día el pobre obrero de ahora, despreciado y explotado, alcanzará su altar. Y si la Historia se sacrifica ante este altar a través de la lucha de clases, también se sacrificará la realidad material a través de la lucha dialéctica. No se puede admitir una materia inerte, porque en ese caso debería ser movida y perfeccionada desde fuera, y sería preciso admitir la existencia de un principio superior. Por el contrario, la materia lleva en sí ya el movimiento en forma de contradicciones, y va evolucionando hacia la perfección.

Pero la realidad queda deformada. Es tan imposible la unión entre dialéctica y materia—Berdiaeff llama «monstruosidad lógica» a esta unión (5)—que, o bien desaparece la materia, quedando una dialéctica abstracta, o bien desaparece la dialéctica, quedando otra vez un materialismo mecanicista. Dos desviaciones que, de hecho, se dieron ya dentro del comunismo y que fueron condenadas como herejías. Lo que prueba que el materialismo dialéctico es una explicación demasiado acomodada de la realidad y que sólo gracias a la dirección del Partido se puede mantener como filosofía oficial.

Queda, por consiguiente, la estructura exterior del método, pero despojado de todo contenido ideal. «La dialéctica de Marx—escribe Petruzzellis—está destituida de todo significado espiritual: es un cómodo esquema que Marx libremente, demasiado libremente, alcanzaba de su juvenil cultura idealista, no avergonzándose de despojarlo de su vital contenido especulativo para plegarlo a encuadrar y a expresar su concepción de la *praxis*, que se concreta en ciertas formas de producción y en determinadas condiciones histórico-sociales» (6).

Sin embargo, G. Lukács ha sostenido que el pensamiento dialéctico de Hegel debe su origen a que el filósofo se ocupó de dos grandes procesos dialécticos reales: la Revolución francesa y la producción capitalista en la Inglaterra moderna. Por consiguiente, Carlos Marx, al aplicar la dialéctica hegeliana al análisis de la economía, habría utilizado un método adquirido primitivamente al considerar ese dominio

(4) Cfr. N. BERDIAEFF: *El Cristianismo y el problema del comunismo*. Buenos Aires, 1947, pp. 29 y 74.

(5) N. BERDIAEFF: *Le Christianisme et la lutte des classes*. Paris, 1938, p. 48.

(6) Cit. por F. OLGIAITI: *Carlos Marx*. Trad. española. Buenos Aires, 1950, p. 341.

mismo en que ahora se aplicaba (7). Pero, aunque esto sea cierto, la coincidencia apenas significa nada. Aún en este punto, las intenciones de los dos filósofos son totalmente diversas. Para Hegel se trataba de mostrar la realidad concreta de lo racional en el panorama general de la evolución de la Idea, y utiliza la dialéctica en plan apologético, en función del pasado. En cambio, para Marx la dialéctica es un instrumento en orden a explicar el porvenir. La economía será la base que lo condicionará todo, y la revolución será el camino para conseguir la sociedad ideal.

Exactamente, la realidad entera queda sacrificada a la idea marxista del proletariado mesiánico. Por lo tanto, queda deformada. Sin embargo, lo importante es que el esquema dialéctico sirve maravillosamente a los fines marxistas para encauzar y explicar las revoluciones futuras. Basta esto para que Marx lo acepte sin titubeos. Al fin, la medida de toda verdad en la nueva filosofía no va a ser la realidad, sino la práctica. Es verdadero todo lo que contribuye al progreso del proletariado.

2.—NECESIDAD DE UNA FILOSOFIA COMUNISTA

«El marxismo pretende ser una concepción universal, integral, que responde a todas las cuestiones primordiales y da un sentido a la vida. Es a la vez una política, una moral, una ciencia y una filosofía» (8). Es, sobre todo, una filosofía, un sistema del que todo lo demás son aspectos parciales. «Ningún materialismo podría durar—decía Lenin—sin una sólida base filosófica».

Pero la filosofía no puede limitarse a ser el método del comunismo. Ha de ser también una ideología, la expresión de la realidad. Cada ciencia particular estudia un sector del mundo. La filosofía generaliza los resultados y saca conclusiones universales. Así, pues, el objeto de la filosofía a partir de Engels son las leyes universales del movimiento, tanto en el mundo externo como en el pensamiento humano. Especificando más, son las leyes de la evolución de la naturaleza y, sobre todo, de la sociedad.

Las ciencias estudiaban partículas del universo, aislándolas. Pero el universo es un todo en proceso de evolución. Había que restaurar ese concepto. «No hay que entender el mundo como un complejo de cosas acabadas, sino como un complejo de procesos», decía Engels en su obra sobre Feuerbach. Sin embargo, no por eso se debe despreciar la labor de las ciencias. «Ahora no es solamente a la filosofía, sino a todas las ciencias a las que incumbe la obligación de descubrir, en cada ámbito particular, las leyes del proceso de regeneración perpetua» (9). Se les da, por consiguiente, una orientación nueva, en un horizonte más universal. Eso es todo.

(7) Cfr. I. FESCHER: *Hegel et le marxisme*. Archives de Philosophie, 22 (1959), p. 328.

(8) N. BERDIAEFF: *El Cristianismo y el problema del comunismo*, p. 10.

(9) F. ENGELS: *Anti-Dühring*. Cit. por A. Alexandrovich Zdanow. *Ibid.*

Esta visión general del mundo es imprescindible para el movimiento revolucionario, pues en el estudio del pasado se descubren las leyes que han de regir el futuro y se ve el sentido en el que debe ser acelerado el proceso de la humanidad. Por eso se ha condenado como desviación peligrosa la tendencia de los que renunciaban a la filosofía, contentándose con los datos de las ciencias. No bastan estos datos, ya que nada dicen acerca de las leyes generales de la evolución, y pueden darnos una imagen demasiado parcial del universo.

«Sin la filosofía las ciencias no podrían dar un paso. La filosofía busca y justifica los principios que son supuestos por las ciencias particulares; y ante todo, decide la cuestión fundamental: ¿cuál es el mundo del que hablan las ciencias? ¿Es independiente del sujeto consciente y existente en sí mismo o es el producto del pensamiento humano?» (10). Por otra parte, no es más que volver al concepto unitario de las ciencias que tenían los griegos. «Las ideas filosóficas de los griegos estaban tan estrechamente vinculadas a sus ideas políticas y a sus nociones de las ciencias de la naturaleza, que no tenemos derecho a atribuir a la ciencia griega nuestra división de las ciencias, aparecida más tarde, ni su clasificación. En el fondo, los griegos no conocían más que una ciencia única, no diferenciada, en la cual entraban también sus conceptos filosóficos. Si tomamos, por ejemplo, a Demócrito, a Epicuro o a Aristóteles, todos ellos confirman en la misma medida el pensamiento de Engels, de que los filósofos griegos eran al mismo tiempo naturalistas» (11).

Pero además no se puede conocer la naturaleza independientemente del acto de producción. Luego ese conocimiento está supeditado al desarrollo económico. Por otra parte, el desarrollo económico es la única realidad. Así, pues, la filosofía debe ser la potencia que dirige la acción revolucionaria y la que llevaba la organización de la lucha política. El problema de la verdad es un problema práctico, al servicio del Partido. No cabe imparcialidad o independencia. Es ésta una de las características más claras de la filosofía comunista. De ese modo se unifica y se defiende del error, pues el Partido no puede equivocarse.

Marx insistía en llamar a su sistema «socialismo científico», en contraposición al socialismo sentimental y utópico anterior a 1848 (Saint-Simon, Owen, Fourier). El estaba convencido de haber descubierto los caminos que conducirían al triunfo del proletariado, y los formula en una teoría científica, fundada en la observación de la historia. Es preciso insistir en esto, dicen los comunistas. Entre Marx y la filosofía anterior se da una verdadera oposición, no una continuación. «La filosofía marxista aparece como la negación más completa y categórica de todas las filosofías anteriores. Pero negar, como recalca Engels, no significa pura y simplemente decir *no*. La negación implica sucesión, sig-

(10) GUSTAVO A. WETTER: *El materialismo dialéctico*, en «Dios, el Hombre y el cosmos». Madrid, 1959, p. 635.

(11) F. ENGELS. Cit. por A. Alexandrovich Zdanov. L. c., p. 273.

nífica asimilación, trabajo crítico y unión en una síntesis superior de todos los pensamientos de vanguardia, de todas las conquistas progresivas de la humanidad en el curso de su historia» (12).

De ahí que la filosofía es al mismo tiempo política y pensamiento, visión general y método de acción. El pensamiento teórico separado de la práctica es considerado como burgués. Es el extremo contrario en que cayó Deborin, al querer refutar el mecanicismo. Su dialéctica es demasiado idealista, separada de la política y de la lucha de clases. Esta desviación, según los comunistas, traiciona los fines perseguidos por Marx. Si éste aceptó la dialéctica fue en orden a la revolución y a la lucha de clases.

En la base de todo está la economía. «Primero vivir, después filosofar», decían los antiguos. La filosofía, como cualquier otra manifestación superior de la materia, está condicionada por aquella base económica. Quien dirige la economía tiene también una misión directora en la filosofía, que estará sometida también a planes quinquenales. Según la concepción de Marx, la dirección de la política social constituye un mérito de carácter filosófico. Nadie como el mismo Partido estará en condiciones de señalar y condenar las posibles desviaciones y herejías.

De ahí el temor constante en los particulares de salir de la línea ortodoxa. Se acepta sin discusión la herencia de los fundadores, repitiendo los textos clásicos. La «revisión» de estos textos está severamente prohibida. La base de la investigación filosófica está constituida por los directores del Partido, que, por ser los encargados de la práctica, están en condiciones de determinar de una manera infalible las necesidades de acomodación y de progreso de la filosofía.

Así, pues, la línea ortodoxa de la filosofía comunista pasa por Marx, Engels, Lenin, Stalin, Kruschev... (También Kruschev, que, si no sabe demasiada filosofía, es un maestro consumado de la «práctica»). No importa que se haya condenado a alguno de estos maestros como herejes. Recuérdese el caso de Stalin. La filosofía, como la política, no es algo inmutable: depende de la base económica, como cualquier otra «superestructura».

Es así como se une lo objetivo y lo subjetivo. Porque los intereses subjetivos del proletariado—intereses que encarna el Partido—coinciden con las leyes objetivas de la evolución histórica. Fe ciega, pues, en esta norma de infalibilidad. Cuando Deborin tuvo que retractarse, agradeció públicamente al Comité Central y, «sobre todo, al Jefe de nuestro Partido, el camarada Stalin, el habernos detenido cuando todavía era tiempo» (13).

Pero el marxismo, más que un sistema objetivo de explicación del mundo, es una voluntad firme de creación de un hombre nuevo. Estamos en la prehistoria del hombre. Es preciso alcanzar la verdadera

(12) A. ALEXANDROVICH ZDANOV: L. c., p. 275.

(13) Cfr. GUSTAVO A. WETTER: *La evolución del materialismo dialéctico en la Unión Soviética*. Arbor, 10 (1948), p. 251.

historia, en la que ya no habrá luchas ni injusticias. En el comunismo todo se ve bajo esta luz. El esfuerzo último de la materia terminará en una sociedad ideal. La filosofía no será más que el intento de seguir esa evolución desde la oscuridad del mundo puramente material hasta la cumbre humana.

I.—Materialismo dialéctico

En 1926 declaraba Stalin: «De todos los bienes heredados por nuestro Partido lo más importante y valioso es su herencia ideológica». Esta herencia consiste en el materialismo dialéctico y en el materialismo histórico. El comunismo no es un sistema puramente social. Es verdad que la visión del mundo ha de hacerse desde el hombre y para el hombre; pero la evidencia de la dialéctica en la Historia—en la evolución de la humanidad—es tan sólo un reflejo de la dialéctica que reina en la naturaleza.

No es difícil descubrir en Hegel el punto de partida de la filosofía marxista, aunque después se le desfigure y corrija, resultando lo que se ha llamado un «Hegel al revés». Feuerbach, al no reconocer más realidad que la materia, es el punto de unión. Marx se dió cuenta de la importancia del método dialéctico y lo hizo base de una filosofía del materialismo. No se trata ya de una materia inerte, con mutaciones puramente cuantitativas, sino de una materia que lleva en sí el principio de todo movimiento y progreso.

Para Hegel—resume Mc Fadden—la Idea estaba compuesta de elementos contradictorios; para Marx la materia se compone de esos mismos elementos. El carácter contradictorio de la Idea producía la evolución hegeliana; los elementos contradictorios de la materia producen la evolución marxista. Para Hegel la Idea era autosuficiente: su naturaleza contradictoria la dotaba de movimiento hacia el progreso. Para Marx la materia es autosuficiente: su naturaleza contradictoria le proporciona un impulso evolutivo, un principio inmanente que le libra de la necesidad de recurrir a una causa externa a la misma materia (14).

De ahí la nueva visión del universo: en vez de considerar la materia como entidad inerte, Marx la concibió como esencialmente activa. Los seres no son realidades múltiples, distintos e independientes, sino partes de un gran proceso, en el que todos ellos están recíprocamente relacionados en un camino ascendente de perfección. He ahí el fundamento filosófico general del nuevo sistema. Marx ideó principalmente el materialismo histórico, pero aceptó esta base del materialismo dialéctico, obra, sobre todo, de Engels, y la incorporó plenamente. (Claro que nunca se puede separar del todo la obra de estos dos filósofos. Casi todos sus trabajos suponen una colaboración y una mutua censura). Y es que sin esta base el marxismo quedaría mutilado. «Una exacta representación del universo—ha dicho Engels—, de su evolución, del

(14) *La Filosofía del comunismo*, p. 41.

desarrollo de la humanidad y del reflejo de esa evolución en el pensamiento humano, tan sólo puede obtenerse por el método dialéctico. Y la naturaleza es la prueba de la dialéctica».

Del concepto marxista del universo material fluyen las principales doctrinas del sistema. La dialéctica de la historia no es más que la continuación del proceso comenzado en la materia. Marx se fija exclusivamente en aquella materia que, a través de distintas transformaciones, ha llegado a ser hombre. Pero este hombre, lejos de ser una excepción en el universo, es una parte del proceso general. Por eso, una vez que se logra conocer las leyes de la materia se puede entrever el destino de la humanidad al final de la evolución. Porque no son menos necesarias esas leyes en el proceso de la humanidad que lo son en el proceso de la materia. No por eso se niega la libertad del hombre; pero la libertad consiste—como ya enseñaba Hegel—en la conciencia de la necesidad.

Así, pues, hay una unión esencial entre comunismo y materialismo dialéctico, entendiendo por comunismo la realización plena de las doctrinas de Marx. Si alguna vez se pretende separarlos o buscar otra fundamentación filosófica a las doctrinas sociales, se tratará de alguna desviación o de alguna concesión temporal para mejor lograr los fines esenciales. También esto entra dentro del sistema.

1.—MATERIALISMO E IDEALISMO

Al entusiasmo que se despertó en Rusia por el Idealismo desde 1830 a 1840 sucede una época de materialismo y de nihilismo. Así se explica el éxito del materialismo dialéctico, que representaba la superación de los dos extremos. Ni Idealismo abstracto ni materialismo mecanicista, sino un término medio en el que las fórmulas se realizan en un contenido concreto.

Marx sabe que el problema fundamental de toda la filosofía, y sobre todo de la filosofía moderna, es—según palabras de Engels—el problema de las relaciones entre el pensamiento y el ser, entre el espíritu y la materia. Materialismo e Idealismo se distinguen según sea la respuesta que den a esta pregunta: «¿es preciso recurrir a un creador del mundo o el mundo ha existido siempre?» Planteado así el problema, en términos simplistas, Marx necesariamente tenía que ser materialista. Lo era ya desde su juventud, quizá por reacción contra Hegel; pero no sabía justificarlo. Por eso, la aparición de *La Esencia del Cristianismo*, de Feuerbach, tuvo consecuencias decisivas. «Es menester haber experimentado el efecto liberador de este libro para hacerse una idea de él», decía Engels.

Feuerbach invirtió los términos de Hegel. La realidad verdadera no es la Idea o lo universal, sino la naturaleza y el individuo concreto. «Para Hegel el proceso mental es el creador de lo real, y lo real es sólo una manifestación exterior de la Idea. Por el contrario, para mí—dice Marx—lo ideal no es otra cosa que lo material transportado y trasladado

al interior de la cabeza humana» (15). Materialismo, pues, no es más que concebir el mundo real (naturaleza e Historia) como aparece a quien no tenga prejuicios idealistas. Y que Marx no tenía estos prejuicios de que habla Engels, no necesita prueba. Toda su obra es un esfuerzo por salvar al hombre concreto de su tiempo, perdido, «alienado», a causa de la explotación.

Mediante la aplicación de la dialéctica, Materialismo e Idealismo no sólo son reunidos, sino superados en el materialismo dialéctico (16). Superados dialécticamente en un sistema superior, que conserva las ventajas de las conquistas anteriores. Del Idealismo queda el movimiento dialéctico, a base de contradicciones. Del Materialismo se toma un contenido real, tangible, inmediato.

Es claro que una visión así del mundo no podría mantenerse mucho tiempo sin la imposición del Partido. Las críticas que, a pesar de todo, surgieron demuestran lo endeble de tal concepción y el sentido exacto que es preciso dar a este materialismo.

La crisis comenzó ya a finales del siglo pasado. Algunos marxistas rusos comprendieron que Hegel había sido falseado, e intentaron dar una nueva base filosófica a las doctrinas sociales y económicas, según una auténtica interpretación de Hegel y, a través de él, de Kant. Sin embargo, otros siguieron defendiendo la tradición en contra de estos «revisionistas» neokantianos.

Pero el peligro continuaba. En tiempo de Marx se tenía un concepto claro, sin demasiadas complicaciones, de la materia. Con los nuevos descubrimientos de las ciencias, sobre todo con el descubrimiento de la radiactividad, la materia se convirtió en problema. Hasta se llegó a hablar de la «desmaterialización del átomo». Lo real no sería sino un conjunto de percepciones. Desaparecería así el contenido mismo del sistema. Claro que la solución de todas estas dificultades era fácil, y no hacía falta más que aplicar los principios del marxismo. Esos descubrimientos y esas nuevas concepciones van contra los intereses del proletariado, pues contrarían las leyes del materialismo histórico, según las cuales todo procede de la materia y evoluciona hacia la perfección de la humanidad. Luego son falsos. Es preciso admitir ese mundo exterior material y la práctica—la lucha de clases—es la prueba de esa existencia. No hay más crítica del conocimiento que ésa. Todo lo que no favorece los intereses del proletariado es falso y debe ser rechazado.

Sin embargo, se puede negar el espíritu o los valores superiores, porque no se ven ni se palpan; pero no era tan fácil negar los adelantos de las ciencias. Por eso se intentó otra solución. Lenin propuso un doble concepto de la materia: el científico-natural y el filosófico. Según el concepto científico-natural, la materia tiene una estructura visible y se compone de moléculas, átomos, electrones. Este concepto va evolucionando a medida del desarrollo de las ciencias naturales. Pero filosóficamente la materia es pura realidad objetiva; es «aquello que opera sobre

(15) Cit. por Mc Fadden, o. c., p. 42.

(16) H. LEFEBVRE: *Le Matérialisme dialectique*. P. U. F., 1949, p. 66.

nuestros órganos sensitivos y provoca en ellos la percepción». He ahí el concepto que se debe retener. Lo demás no interesa.

Como se ve, más que teorías y disquisiciones, lo importante para el materialismo dialéctico es tener una concepción realista del mundo. Así aparece éste a quien lo contempla «sin prejuicios idealistas». Ser materialista es, pues, afirmar la primacía del ser sobre la conciencia. «La *praxis*, la vida real, es el punto de partida y de llegada del materialismo dialéctico» (17).

Así, pues, no se trata de un materialismo vulgar, mecanicista. La materia tiene en sí un principio activo que la lleva a organizarse en formas cada vez más perfectas, según unas leyes fijas. «El marxismo no logró jamás llegar a un materialismo puro. Quedó impregnado de elementos idealistas de la filosofía alemana» (18). Pero es que ni siquiera lo ha intentado. Ese materialismo hubiera sido tan inútil para sus fines como el idealismo de Hegel.

2.—LAS LEYES DEL PROCESO DIALECTICO

La tesis general del materialismo mecanicista defendía la reductibilidad de los fenómenos superiores a fenómenos de orden inferior. En última instancia todo se explicaba por procesos mecánicos, y no habría más que diferencias cuantitativas entre los seres. Por el contrario, para los defensores del materialismo dialéctico existen también diferencias cualitativas, que se explican según las leyes de la dialéctica hegeliana.

El 25 de enero de 1931 era condenada la tendencia mecanicista, al mismo tiempo que el extremo opuesto, demasiado idealista, de A. Deborin. Con ello quedaba como única doctrina oficial en Rusia el materialismo dialéctico.

Según esta teoría, el desarrollo dialéctico se hace a saltos. Los aumentos cuantitativos en la materia producen tensión y lucha, y entonces brota una nueva cualidad. La evolución es siempre optimista, hacia formas superiores que conservan los elementos antiguos. Todo este proceso se desarrolla a ciegas, pero de acuerdo con unas leyes eternas y calculables. Así, pues, respecto a la totalidad del universo los materialistas son deterministas: la totalidad de las leyes determina, de un modo absoluto, todo el devenir.

Por consiguiente, movimiento en la filosofía marxista no es sólo movimiento en el espacio. Es toda mutación en general, todo cambio de cualidad y de forma. La vida misma y la conciencia deben considerarse como movimiento. Y para explicar este movimiento no hace falta recurrir a un motor externo. Es una cualidad esencial e inseparable de la materia, y la materia es eterna. No se puede entender de otra manera.

¿Cómo se explican entonces las nuevas cualidades que aparecen en el mundo? He aquí las leyes que regulan el proceso ascendente y

(17) *Ibid.*, p. 95.

(18) N. BERDIAEFF : *El Cristianismo...*, p. 12.

que resultan de la aplicación de la dialéctica hegeliana al mundo material :

1.º *Ley de la unidad de los contrarios.*—Hegel descubrió en la contradicción el origen de todo movimiento y vitalidad. Una cosa es ella y al mismo tiempo su negación. Las contradicciones internas se agudizan hasta alcanzar un determinado límite, condicionado por la naturaleza de la cosa dada. Si se traspasa ese límite se llega a la destrucción de la unidad de la cosa, y en lugar de la cualidad anterior se produce otra nueva, con nuevas contradicciones, empezando otra vez el proceso.

Lenin aceptó esta ley que formulan así los filósofos soviéticos : «Los fenómenos de los diferentes órdenes de la realidad contienen en sí elementos distintos y opuestos que, por una parte, se excluyen, se niegan unos a otros ; pero, por otra parte, se condicionan, se manifiestan y se compenetran recíprocamente. El combate de estos elementos entre sí condiciona todo desarrollo» (19).

Que lo real está compuesto por la unión de contrarios es un principio que no se puede negar. Es un punto de partida y es, además, la conquista más valiosa de las ciencias. Por todas partes se descubre fuerzas de atracción y repulsión, polos positivos y negativos. Si a esto se añade que este principio explica bien la realidad, no habrá el menor escrúpulo en aceptarlo.

Para aplicar esta ley no deben considerarse los seres aislados, sino en el conjunto del universo. Es entonces cuando aparecen claras las oposiciones, que constituyen la fuente del movimiento. De esta forma se tiene también explicado el progreso en la sociedad mediante la oposición y lucha de clases. Se da una perfecta continuidad.

Es preciso observar que esta explicación tiene su parte de verdad. El movimiento supone siempre imperfección, potencialidad, oposición entre ser y no ser, acto y potencia. Pero esta posibilidad del devenir prueba la necesidad de un motor exterior a las cosas. Exactamente lo contrario de lo que se intenta en el materialismo dialéctico.

2.º *Ley del paso de la cantidad a la cualidad.*—Una vez explicado el origen del movimiento, esta segunda ley explica la aparición de nuevas cualidades en el mundo. El materialismo dialéctico admite la existencia de tres reinos cualitativamente distintos : el de la materia inorgánica, el de los vivientes y el de los seres conscientes. Pues bien ; no solamente dentro de cada grupo de esos seres cabe la producción de nuevas cualidades. Hay también paso y evolución de un reino a otro. Una misma materia, gracias a su distinta organización, puede llegar a ser viviente y, en la cumbre de la perfección, a poseer conciencia.

Al principio, los cambios son cuantitativos, pero la observación de la naturaleza nos enseña que estos cambios pueden terminar en algo

(20) H. LÉFEBVRE : O. c., p. 15.

cuantitativamente distinto. Si el agua es suficientemente calentada se convierte en vapor; si se enfría se convierte en hielo. De la distinta combinación cuantitativa de átomos pueden surgir cuerpos diversos.

Así, pues, no hay inconveniente en admitir el evolucionismo. Pero importa mucho notar, por las consecuencias que tendrá al ser aplicada esta evolución a la sociedad, que el paso de una cualidad a otra no es algo gradual, sino violento. Es un verdadero salto dialéctico. La naturaleza material justifica así la revolución.

3.º *Ley de la negación de la negación.*—«El materialismo dialéctico —dice Lenin— no establece la negación pura y simple, sino la negación como momento de la unión, como momento de la evolución, que conserva lo primitivo». Así, pues, a pesar del salto dialéctico no se produce la ruptura total, sino que, por el contrario, se mantiene la unión entre lo antiguo y lo nuevo. Lo mismo que en la síntesis hegeliana la tesis y la antítesis no son simplemente negadas, sino asumidas (*aufheben*), en las cualidades nuevas se conserva todo lo positivo de los estados anteriores. «Este término (*aufheben*) tiene dos sentidos, explica el mismo Hegel. Significa guardar, conservar y, al mismo tiempo, hacer cesar» (20).

Una vez más, aquí «la naturaleza es la prueba de la dialéctica». La planta es la negación de la semilla y el fruto es la negación de la planta. Paralelamente, la propiedad privada es la negación de la posesión común primitiva. La posesión común socialista será la negación de la propiedad privada. Por consiguiente, esta forma última de posesión representa la cumbre de la evolución a que puede llegar la humanidad.

Es preciso conceder que, mediante la aplicación de la dialéctica, la naturaleza ofrece un aspecto más orgánico y continuo, siendo la base para un sano realismo. Pero «concebir la materia como realidad primaria y existente por sí misma, dotada de una tendencia evolutiva dialéctica y de un impulso teleológico hacia formas cada vez más altas, que, una vez conseguido el grado supremo de la evolución, súbitamente saca de sí misma, como por encanto, lo psíquico, la conciencia, equivale a trastocar por completo el concepto de la materia y entenderla como una realidad a la cual se asignan atributos no sólo espirituales, sino incluso divinos, y a la que, no se sabe por qué motivos psicológicos e históricos, se sigue designando, sin embargo, con el nombre de materia» (21).

II. - Materialismo histórico

El hombre reconoce su origen y su destino en el constante devenir a través de la lucha dialéctica hacia el progreso. Es un poco de materia

(21) GUSTAVO A. WETTER: *La evolución del materialismo dialéctico en la Unión Soviética*. L. c., p. 433

que ha logrado una organización perfecta. Pero el proceso no se detiene en él; continúa hacia una sociedad futura ideal. Es preciso, pues, conocer las leyes y el sentido de esa marcha de la humanidad para vivir conscientemente y, sobre todo, para acelerar el proceso. Querámoslo o no, el fin se ha de conseguir, porque las leyes del desarrollo histórico no dependen de nuestra voluntad; pero el hombre—el hombre auténtico, se entiende, el que ha de sobrevivir en la sociedad perfecta—tiene una misión ya ahora, y es la de colaborar con la Historia.

Sin embargo, el materialismo histórico no es sólo un método. (Es, desde luego, un método de análisis de la realidad y de práctica para conseguir una sociedad mejor). Es, además, una doctrina que lleva consigo la concepción materialista de la Historia y el conjunto de leyes sociales y políticas marxistas. Al menos en lo que fue intención primera, «el materialismo histórico es casi todo el marxismo», como dice A. Labriola.

Marx es un continuador de Hegel en la filosofía de la Historia, pero, aquí también, sólo en las líneas generales. Según Hegel, Dios adquiere conciencia de sí mismo a través del proceso histórico. Por eso, la filosofía de la Historia se hace después de la historia. En cambio, para Marx la clase revolucionaria del proletariado, que es el auténtico representante de la humanidad (y la humanidad ocupa el lugar del dios de Hegel) posee la conciencia de su acción: sabe hacia dónde se dirige. De ahí que el futuro pueda ser juzgado y comprendido de antemano y, lo que es mucho más importante, realizado conscientemente por el hombre. Se trata no ya de juzgar y de justificar las revoluciones pasadas, como quería Hegel, sino las futuras.

Se comprende, pues, el entusiasmo de Lenin por la Lógica de Hegel. En una filosofía de lucha y transformación, como es la comunista, la dialéctica era algo esencial. «La Idea es esencialmente proceso», decía Hegel. «No hay más idea que la materia», dicen los comunistas. Pero la materia es también proceso, lucha dialéctica. En Hegel la dialéctica es a la vez método y contenido: un método capaz de darse un contenido (22). Los comunistas aceptan la dialéctica como método. El contenido está ahí, es la materia.

1.—LA ECONOMIA, COMO EXPLICACION ULTIMA DE LA HISTORIA

Historia no es otra cosa que la actividad de los hombres en la conquista de sus objetivos. A pesar del conflicto de voluntades particulares hay una lógica ordenada en la evolución de la humanidad, paralela a la que hay en la naturaleza. «Allí donde el acaso reina en la superficie—dice Engels—hay siempre una interna y escondida ley que dirige».

Pero para descubrir esa ley es preciso no detenerse en la superficie de los acontecimientos, en los motivos de los individuos. Las «altiso-

(22) E. BREHIER: *Historia de la Filosofía*. Buenos Aires, 1944, t. II, p. 631.

nantes acciones de monarcas o de Estados» no interesan demasiado para el proceso general. Lo importante es ese motivo profundo que pone en movimiento a las masas y a los pueblos.

Y el fundamento último, según el marxismo, es la economía. Los hombres tienen que vivir antes que pensar; tienen que ir modelando la estructura de sus instituciones sociales y políticas de modo que no les estorbe en su lucha con la naturaleza. Por consiguiente, los medios con que el hombre produce para atender a sus necesidades serán la fuerza fundamental y directiva de la Historia. Todo lo que el hombre piensa o desea es consecuencia de sus necesidades económicas.

La vida de la sociedad no es más que una lucha colectiva que el hombre emprende contra la naturaleza para la satisfacción de sus necesidades vitales. El hombre es esencialmente social, porque sólo en sociedad puede producir los bienes necesarios; y los métodos de esta producción determinarán las relaciones humanas y, a través de éstas, las conciencias de los hombres.

Así, pues, la actividad productiva, el material sobre el que el hombre trabaja y los instrumentos y técnica de producción constituyen, directa o indirectamente, la base del progreso histórico (23). Son el lazo de unión entre el hombre y la naturaleza. La naturaleza queda adaptada a las necesidades humanas; pero el hombre se adapta al mismo tiempo a ella. Se produce de este modo una especie de retorno, una íntima compenetración entre sujeto y objeto.

La economía es una verdadera obsesión para los marxistas. Una economía que hiere a todas las otras formas de vida y que ahoga esta vida. En su orden metafísico pretende reemplazar a Dios y a la vida espiritual, y mostrar bajo su verdadero aspecto la esencia absoluta de las cosas (24). Así como la materia es el contenido general del proceso dialéctico, la economía es la base de todo el proceso histórico; algo tan fundamental que sin ella no se podría explicar la Historia. La realidad primera es la materia; la actividad fundamental es la producción de los medios de subsistencia.

No se niega que haya otros motivos (religión, intereses personales, etcétera), pero «los hombres comienzan a diferenciarse de los animales en cuanto empiezan a producir sus propios medios de subsistencia». En otras palabras, la Historia empieza y se define por esa actividad primaria. En la superficie aparecerán otros motivos, que engañarán a los que no estén preparados para contemplar las cosas en profundidad. Pero un verdadero comunista sabe que todo está condicionado por un motivo más fundamental.

Una vez más será preciso repetir aquí la decidida voluntad de Marx de ser realista. Lo que importa es la vida en su choque con la realidad de cada día; no las teorías abstractas que se puedan soñar al margen. Y la vida nos dice «que no es la conciencia la que determina el ser;

(23) Cit. por Mc Fadden. *Ibid.*, p. 116.

(24) N. BERDIAEFF: *El Cristianismo...*, pp. 13, 81 y 82.

por el contrario, es el ser social el que determina 'la conciencia'. La conciencia, las ideas y todos los valores... La misma filosofía, como la religión, como el arte, no son más que «superestructuras» que el hombre levanta sobre la base de la economía. Y ya se sabe lo que sucede cuando cambia la base—los medios de producción—: las superestructuras se tambalean y caen. Es preciso acomodar otras.

Sin embargo, ya a finales del siglo XIX se produce la polémica entre Bernstein y Kautsky. El primero defiende la necesidad de apelar a varios elementos, y no sólo al económico. Según él, hubo una verdadera evolución en el pensamiento de los fundadores del comunismo y hasta se debe pensar en cambiar el nombre del sistema (25). Por el contrario, Kautsky se colocaba en la posición tradicional, negando toda evolución.

2.—LA LUCHA DE CLASES

La economía es el punto de partida. El hombre se encuentra ante la naturaleza hostil con la necesidad de arrancarle sus frutos. Y el trabajo, al mismo tiempo que da contenido a la persona humana, es el lazo de unión con los demás hombres que se esfuerzan igualmente por transformar la materia bajo el imperativo de su voluntad de vivir. Pero el resultado inevitable de este encuentro—del proceso productivo—es la desigualdad de clases sociales.

No se trata, sin embargo, de un mal. Es preciso siempre ver las cosas en la perspectiva del proceso total y no aisladas. Así, como momentos que forman parte de la historia humana, las desigualdades y las luchas tienen su misión y se justifican. Las diferentes formas de explotación de unas clases por otras constituyen el motor de la Historia. Es así como aparece aquí el proceso dialéctico, que es el origen y el modo de progreso de toda la naturaleza.

De la desigualdad de clases nacen—supuesta la economía—las «superestructuras». Son las defensas que la sociedad, consciente o inconsciente, se va creando para mejor salvaguardar su existencia. Son, por consiguiente, los elementos de explotación de la clase que está en el poder: todo lo que la defiende tiene para ella valor de principios eternos. Pero cuando sobreviene un nuevo cambio en la producción, el orden social, que estaba adaptado a las anteriores condiciones económicas, no puede ya ajustarse, y viene la revolución. De entre las ruinas saldrá ahora una clase victoriosa que, a su vez, tratará de imponer sus principios «eternos»—una religión, una filosofía, una moral—, para poder mantenerse en el poder.

En el *Manifiesto Comunista* aparece ya esta tesis fundamental: «La producción económica y la estructura social determinada fatalmente por aquélla constituyen el fundamento de la historia política e inte-

(25) Cfr. VAN OVERBERGH; *Karl Marx*, II. Bruxelles, 1948, p. 89, 90.

lectual de una época... En consecuencia, toda la historia, desde que se ha disgregado la sociedad primitiva, ha sido la historia de la lucha de clases» (26).

Pero este proceso no puede durar siempre. Es preciso aspirar a la revolución última que abrirá las puertas de la verdadera historia, en la que ya no habrá diferencias de clases ni, por consiguiente, explotación de unos hombres por otros. ¿Quién realizará esta revolución e inaugurará la era feliz de la auténtica humanidad sin clases? Marx dirigió una mirada hacia el pasado y creyó descubrir un verdadero pecado original que mancha a todas las clases sociales. Únicamente el proletariado está exento de esta mancha. Es la víctima inocente de la sociedad; es el que crea todos los valores y los bienes materiales de que viven los hombres. Oprimido, desheredado, esclavo del capital, lleva en sí una fuerza que logrará un día el hundimiento de la sociedad capitalista.

Estamos ya en lo que constituye la cumbre del sistema marxista.. El mismo Marx lo ha dicho: «La obra de Darwin es muy importante, y para mí es conveniente como base naturalista para la lucha histórica de las clases». Todo lo que antecede no es más que una preparación, pero una preparación totalmente necesaria, de la que no se puede prescindir. «No se puede comprender perfectamente *El Capital*, de Marx—dice Lenin—, si no se ha estudiado a fondo y comprendido la lógica de Hegel. Esto explica que después de 50 años todavía ningún marxista haya entendido a Marx» (27).

A esta luz de la dialéctica y de la lucha es considerada toda la historia humana. Al hombre primitivo, cuyos únicos medios de producción son la piedra, el arco y la flecha; que posee, por consiguiente, en común la tierra, sucede la división del trabajo y la propiedad individual. Así empezaron todas las desgracias humanas. Pero de este estado surgirá una sociedad nueva. Los hombres serán libres, independientes, iguales, felices. Desaparecerá la propiedad privada y el egoísmo. Pero para alcanzar este paraíso es preciso que aumente la opresión de los inocentes.

Es verdad que por ninguna parte aparece este proletariado inocente, lleno de virtudes. Pero es que proletariado no es la suma de todos los obreros. «Es preciso distinguir entre obrero y proletariado. El obrero es un trabajador; su trabajo es sagrado; su situación penosa debe mejorar. Hay que liberarlo de la esclavitud en que está sumido. Pero el proletariado no es sólo un trabajador; es un trabajador empapado en la idea mesiánica del proletariado; es una fuerza en movimiento. Y, sobre todo, es una idea» (28).

Así, pues, cuando precisamente se trata de conservar el contacto con la vida en su sangrante contradicción, Marx huye al reino de lo

(26) Cit. por Olgiatti. L. c., p. 80.

(27) Cit. por I. Fescher. L. c., p. 346.

(28) N. BERDIAEFF: *El Cristianismo...*, p. 81.

ideal, al trascendente. Tenía que ser así, pues la materia no justifica el optimismo y el progreso. Marx era de familia judía. Aunque había renegado de su religión, conservaba en su alma bien impreso el mesianismo y se imaginaba a la humanidad siempre en camino de una tierra de promisión. El pueblo escogido ahora sería el proletariado.

Hay aquí un conjunto de ideas idealistas, de las que Marx no se pudo librar. El Yo o el Absoluto es el que crea el mundo para adquirir conciencia de sí mismo, venciendo la oposición sujeto-objeto. Según Marx, el hombre es esencialmente trabajador. Construye su propia personalidad y transforma el mundo. Al contemplar el producto de su trabajo adquiere conciencia de sí, de su superioridad. Pero cuando el fruto de su trabajo no le pertenece, como sucede en la sociedad capitalista, su propio carácter humano se le hace también extraño, se le escapa. Es imposible la reintegración. No hay unión entre sujeto y objeto, se diría en términos idealistas.

¿Qué hacer entonces? Trabajar para que todos los hombres lleguen a ser propietarios en común de la naturaleza. Sólo entonces será posible la libertad total y la adquisición de la perfección humana. Y esta es la misión encomendada al proletariado. Por consiguiente, debe éste despertar a la conciencia de su destino. Una vez que se haya dado cuenta de la tarea que debe realizar, intervendrá más activamente en la lucha y acelerará así el proceso dialéctico de la Historia.

Así, pues, las clases sociales son las portadoras del progreso. Quedan justificados todos los males y todas las revoluciones, pues todo contribuye al progreso de la humanidad. Eso, que en sí mismo es algo negativo, queda superado en la etapa siguiente, y, sobre todo, en la etapa final. El capitalismo, que representa todo el mal que hay en el mundo—lo mismo que el proletariado es la encarnación de todo el bien—, conduce a un aumento de medios de producción, con los que podrá ser vencido. Es verdad que reduce al proletariado a la miseria, pero «está creando a sus propios enterradores».

Los comunistas preferirían una evolución pacífica, pero saben que no será posible. «La dictadura del proletariado no puede ser el fruto de una evolución pacífica de la sociedad burguesa», dice Stalin (29). Por eso preparan el salto definitivo, que será como un eco, agrandado ahora, de los «saltos dialécticos» que se descubren en la naturaleza.

CONCLUSION

El marxismo—nos hemos fijado sobre todo en la experiencia rusa— tiene una cierta coherencia interna que a primera vista ilusiona y engaña. Hoy se sabe la falsedad de las principales tesis y predicciones de Carlos Marx (30) y, sin embargo, su prestigio y sus doctrinas arrastran a millones de hombres, que han hecho de ellas bandera de

(29) Cit. por Mc Fadden. L. c., p. 188.

(30) Cfr. VAN OVERBERGH: O. c., p. 350-375.

lucha y esperanza. Nada importan los sacrificios presentes. Al fin amanecerá la sociedad mejor, que compensará de todas estas privaciones de ahora.

No se podía haber escogido una filosofía más apta para un partido militante como es el comunista. Lo que importa es la práctica, la lucha, no los principios especulativos. Se acepta una concepción simplista del mundo sin crítica ni reflexión y se comienza la tarea de la implantación de unas doctrinas sociales y políticas. Tarde o temprano ha de llegar el triunfo final, y esta esperanza constituye la fuerza secreta de la que viven tantos hombres, a los que el mundo no ha dado nada, por lo que nada tienen que perder. Se comprende, pues, el entusiasmo con que estos hombres aceptarán las nuevas doctrinas que les prometen la felicidad (1).

Naturalmente que a este primer entusiasmo sucederá la decepción y la amargura. Porque, ¿en nombre de qué se les puede exigir el sacrificio de ahora, si la felicidad y el paraíso prometido llegarán lo suficientemente tarde para que a ellos no les toque? Además, nada nos asegura que llegará la sociedad ideal. La revolución y la ruina no traen consigo más que males. Todas las utopías que busquen el paraíso en la tierra se encontrarán con la espada de fuego del ángel. El paraíso terrenal se ha perdido para siempre.

Lo que se debe salvar es el hombre. No se pueden negar las intenciones humanistas de Marx. Intentó esta salvación a toda costa. Pero en vez de fijarse en el hombre que trabaja y que sufre, puso su ideal en un hombre imaginario, en una clase social. El hombre se convierte así en medio, en instrumento para el triunfo del proletariado. «El error más claro e inhumano del marxismo—dice Berdiaeff—consiste en no ver al hombre más allá de las clases, sino en ver a las clases más allá del hombre; en reducir a éste hasta en su última profundidad, hasta en su íntima experiencia espiritual, a una función subordinada a la clase» (32).

Así, pues, el marxismo fracasa en lo que es su intención primaria. Los grandes problemas humanos (el dolor, la moral, la religión...) no deben ni siquiera plantearse. «El marxismo no es una filosofía de la existencia humana, sino una filosofía de los objetos, de las cosas» (33). El hombre es considerado como una cosa más del universo.

(31) Cfr. II Polit., I. IV, n. 205: «Quando enim aliquis audit, quod inter cives sint omnia communia, suscipit hoc cum gaudio, reputans amicitiam admirabilem futuram per hoc omnium ad omnes. Secundo, propter mala, quae putat tolli per hanc legem. Accusat enim aliquis mala, quae nunc fiunt in civitatibus, sicut disceptationes hominum ad invicem circa contractus, et iudicia de testimoniis falsis, et hoc quod pauperes adulantur divitibus, tamquam omnia ista fiant propter hoc quod possessiones non sunt communes».

(32) *Le Christianisme et la lutte des classes*. P. 43. «Si hablo de individuos—dice Marx—es sólo en cuanto se dan personificaciones de categorías económicas y representantes de especiales relaciones e intereses de clase». (Cit. por Mc Fadden. L. c., p. XXI).

(33) N. BERDIAEFF: *El Cristianismo...*, p. 152.

Y es que no pueden llevar a otro término los principios materialistas. J.-P. Sartre observa que el materialismo ha estado siempre unido a los movimientos de reivindicación social de la clase obrera. «Esto significa que su contenido es apropiado para organizar, para movilizar las fuerzas revolucionarias, y también que hay una relación profunda entre la situación de la clase oprimida y la expresión materialista de esta situación» (34). Pero todos estos movimientos están de antemano condenados al fracaso. El hombre aspira a algo más de lo que le puede ofrecer la materia.

No se trata de «idealizar» la realidad. Pero sobre la materia se encuentra otro mundo irreductible a ella: el mundo de los valores y del espíritu. Frente al espíritu y, sobre todo, frente al destino sobrenatural de los hombres, la economía que se crea realidad y motivo fundamental, primario, no es más que uno de los múltiples aspectos de la actividad humana.

Por otra parte, los méritos filosóficos del marxismo son casi nulos. «El materialismo dialéctico—dice el P. Bochenski—se mantiene a menudo a un nivel casi presocrático» (35). La dirección que sobre esta filosofía mantiene el Partido, el constante temor de salir de la ortodoxia, la aceptación ciega de los «clásicos», sin posibilidad de revisión, impiden todo progreso.

Pero, además, si las ideas no son más que el reflejo de la economía. ¿por qué las ideas de Marx han de ser una excepción? Serán también el reflejo de la economía del siglo XIX. Una vez que los medios de producción han cambiado, habrá que pensar en cambiar también las ideas.

Y será preciso escoger otra vez entre la materia y la dialéctica. Las vagas aspiraciones hacia una sociedad mejor no justifican la unión de esos dos elementos. La dialéctica supone actividad, dirección, vida... La materia es inerte. El problema se plantea hoy en los mismos términos que en tiempo de Marx: o materialismo mecanicista o idealismo. La unión es absurda.

Pero no por eso se ha de renunciar a una auténtica solución. Queda el dualismo cristiano. La materia, como soporte de la vida y del espíritu, y la Historia, como un camino que la humanidad va recorriendo en busca de Dios.

J. GARCIA ALVAREZ, O. P.

(34) *Matérialisme et révolution*. Cit. por R. Ceñal. *Revista de Filosofía*, 7 (1948), p. 37-38.

(35) *La Filosofía actual*. México, 1955, p. 94.